

La interacción entre el dibujo y la pintura

A lo largo de los años de mi formación, como alumno de Bellas Artes y durante mi trayectoria como profesor y profesional de la imagen, he disfrutado de la oportunidad —por la cual me siento muy afortunado— de establecer y mantener contactos con gran diversidad de pintores, dibujantes, grabadores, escultores y demás creadores de la imagen visual. En muchas ocasiones, estas experiencias me han llevado a plantear una cuestión que he comprendido a través de los diversos encuentros; el modo en que se establece la relación fundamental entre la persona y la naturaleza de su obra plástica, y cuales son sus resultados.

Por supuesto, el creador no puede compartimentar de modo estanco sus dimensiones personal y artística como si éstas establecieran, así, dos realidades distintas e independientes. Muy al contrario, estos dos aspectos se sustentan mutuamente, de tal manera que las experiencias vitales del pintor, necesariamente, alimentan su labor artística y ésta a su vez, condiciona de modo fundamental la personalidad del creador.

Sin embargo, el hecho de conocer el carácter y la vida del artista no resulta suficiente para prever la naturaleza de su creación plástica. Así, he observado que algunos artistas se alejan en la naturaleza de su obra pictórica de aquello que supuestamente les caracteriza e identifica como seres humanos, sufriendo una metamorfosis que les lleva a transformarse en sujetos distintos a los conocidos en otras facetas vitales. Con una relativa frecuencia, he podido ser testigo de algunos de estos sorprendentes desajustes entre los aspectos personales y creativos: artistas aparentemente introvertidos, que gozan de la intimidad de lo privado y de las distancias cortas en su vida personal, y que optan por obras de carácter monumental, de grandes dimensiones y proyectadas

para su observación por grandes públicos; en otras ocasiones, personalidades muy dinámicas que conllevan una frenética actividad en muchos aspectos de la vida, y que sin embargo, se transforman a la hora de la ejecución de la obra plástica, dejando paso a una reflexiva y pausada resolución «a fuego lento»; también, caracteres positivos y optimistas, que dan curso a una exploración plástica de los aspectos más trágicos, oscuros y dolorosos de la existencia humana; además, formas de vivir aparentemente hedonistas, que contrastan con una obra artística impregnada de espiritualidad, o de intelectualidad, o de erudición; y por último, citaré casos de sujetos de comportamiento perfectamente adulto en sus quehaceres diarios, que parecen desaparecer, arrinconados o eclipsados por el impulso emocional irrefrenado del «niño creador» intuitivo y liberador de la conciencia racional.

¿Pintamos como somos, o como aspiramos a ser? ¿Supone el proceso creativo una búsqueda del yo y, por tanto, del autoconocimiento?, o al contrario, ¿determina un cierto escapismo? ¿Es la creación artística una continuidad lineal de nuestro ser natural, con sus vicios y sus virtudes, sus aciertos y sus errores, sus miedos y sus alegrías?, o más bien, ¿supone el recurrir a unos valores complementarios que equilibren, llenen de plenitud o perfeccionen nuestro yo más íntimo, a partir precisamente del acto mismo de la creación plástica?, o incluso, ¿puede finalizar este proceso en una obra plástica que supere y trascienda las limitaciones propias del sujeto creador? ¿Confirma el dibujante su esencia vital en su trabajo artístico, o al dibujar, realmente, lo que se origina es una catarsis substancial de esa esencia vital, que es purificada a través de la “ceremonia” compositiva? ¿Es posible que en el momento de resolver una obra plástica, el artista pase por un estado similar al del sueño, en el que se produciría una liberación de la con-